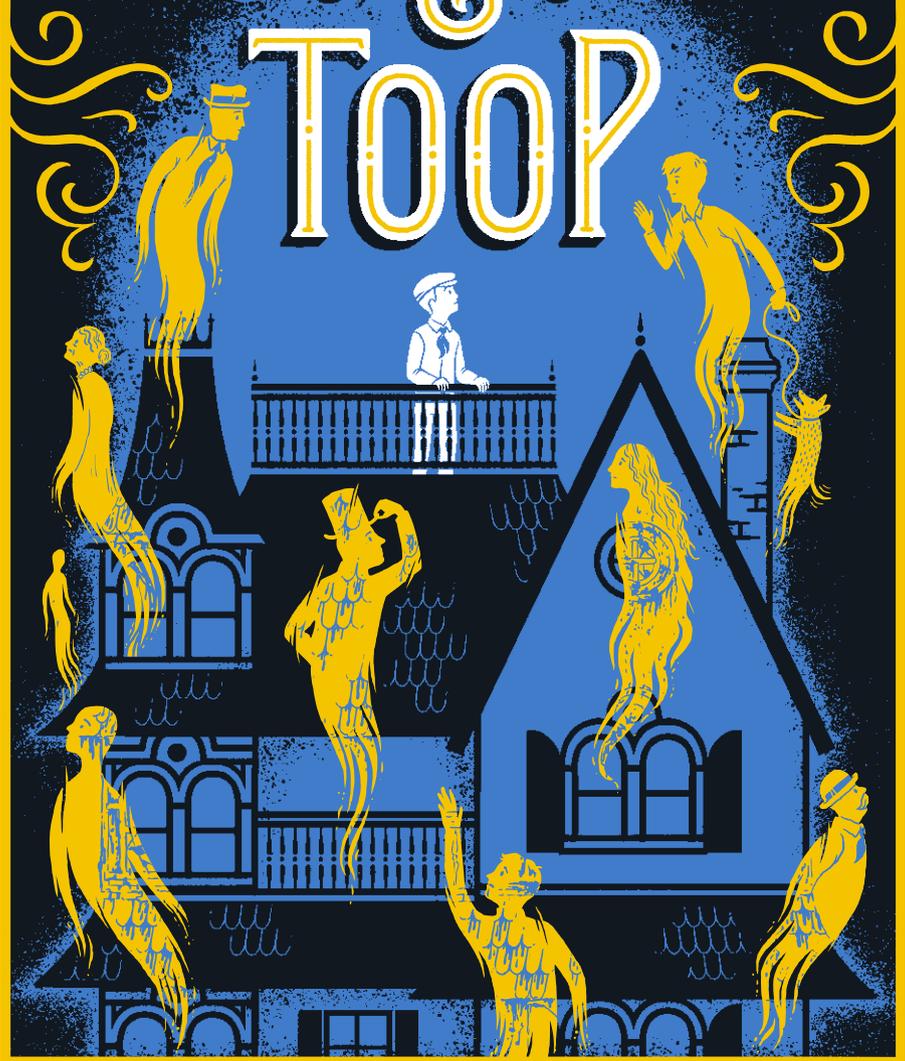


CONSTABLE & TOOP



GARETH P. JONES

CONSTABLE & TOOP

ANAYA

Traducción de
Jaime Valero Martínez



GARETH P. JONES

Título original: *Constable & Toop*

1.^a edición: octubre 2014

Publicado por primera vez en Reino Unido por Hot Key Books.

© Del texto: Gareth P. Jones, 2012

© De la ilustración de cubierta: Jim Tierney, 2013

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2014

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta de Maria T. Middleton

ISBN: 978-84-678-6173-0

Depósito legal: M-19400-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*



Para Madi y Lauren Bliss





ÍNDICE

Prólogo. El nacimiento de un fantasma	13
1. El papeleo de Lapsewood	16
2. Hay un cuerpo en el ataúd	21
3. La belleza de Alice Biggins	30
4. El tío Jack	35
5. El problema de Penhaligan	41
6. La afabilidad del señor Constable	48
7. El general Colt	52
8. Los nuevos inquilinos de la mansión Aysgarth	61
9. El enfado de Viola Trump	65
10. El joven Tanner	75
11. La última voluntad del señor Gliddon	83
12. El diario de lady Aysgarth	89
13. El hombre de gris	93
14. La iglesia ennegrecida	102
15. La muerte de un fantasma	109
16. Un rastro de contagio	115

17. La nueva residencia de Doris McNally	119
18. El campanario	126
19. La desaparición de la Pequeña Mags	129
20. El chico de la iglesia	132
21. El regreso de Lapsewood	136
22. Charlie y Jack.....	141
23. Desayuno en soledad.....	146
24. La Cripta	150
25. El exorcismo de la escuela de St Winifred	154
26. El pasado paterno	161
27. La señora Pringle	165
28. El Problema Parisino	167
29. La lista de Clara	172
30. El entierro del señor Gliddon	175
31. Saltarse el procedimiento	179
32. Un visitante	183
33. El fin de Nell	187
34. El testamento y la última voluntad del señor Sternwell	190
35. Grunt en Londres	197
36. Y si... ..	202
37. Punto muerto	208
38. El último desayuno de Jack	212
39. El destino de los muertos	215

40. Las últimas palabras del Defensor Dawlish ...	220
41. One Tree Hill	223
42. La evasión	230
43. Una chica en la cocina	233
44. El nuevo hogar de Emily	236
45. El respetable señor Reeve	240
46. Los últimos pedidos.....	243
47. El lugar de trabajo del señor Reeve	247
48. Los dolientes	253
49. La intrusión	256
50. Sam y Tanner	259
51. El asesino de la cocina	263
52. Sangre fresca	266
53. La Biblioteca Central de Registros	272
54. Un nuevo fantasma	276
55. Aprendiz de ladrón.....	279
56. La responsabilidad del asesinato	283
57. La pobre señora Preston	287
58. El regreso del inspector Savage	291
59. Una intromisión a la francesa	294
60. Siempre Alice	298
61. La representación de Emily.....	302
62. La balada de Paddy O'Twain	305
63. El sabueso del infierno	309

64. El dolor de una viuda	315
65. El plan secreto del coronel Penhaligan	323
66. La obra del diablo	329
67. Un exorcismo lúdico	331
68. El undécimo hoyo	341
69. Sentimiento de culpa	345
70. La renuncia de Grunt	350
71. Un visitante inesperado	355
72. La última víctima de Jack.....	358
73. El ángel francés	363
74. El nuevo residente de la Mansión Aysgarth...	367
75. El funeral de Jack	377
76. El pasillo infinito	381
77. Honor Oak.....	385
La creación de <i>Constable & Toop: Una nota del autor</i>	387



Prólogo



EL NACIMIENTO DE UN FANTASMA

EN LOS ÚLTIMOS INSTANTES de su vida, mientras la sangre brotaba de la herida de arma blanca que tenía en el cuello, a Emily Wilkins le dio por pensar en la muerte de su madre. La señora Wilkins había estado confinada en su lecho durante semanas, sin pronunciar palabra alguna, hasta que al fin, un día, se incorporó, miró fijamente a Emily y dijo:

—Eres una buena chica, ¿verdad, Em?

—Lo intento, mamá —respondió la muchacha.

—Te mereces mucho más de lo que he podido darte.

—Nunca he echado en falta nada —dijo Emily.

Su madre negó con la cabeza.

—Pese a que no has ido al colegio, eres una chica muy inteligente. Ojalá hubiera hecho mejor las cosas contigo.

—Yo lo que quiero es que te pongas bien —imploró Emily.

—Llegados a este punto, ya no hay posibilidad de que eso ocurra, cariño mío —dijo su madre—. Puedo oír la llamada que indica que vienen a buscarme.

—¿Quiénes? —Emily alzó la mirada—. No he oído a nadie.

La señora Wilkins esbozó una leve sonrisa.

—Pronto no tendré más remedio que responder a la llamada. Pero prométeme una cosa, Em. Tienes que

sacar el máximo provecho de esta vida porque quién sabe lo que habrá al otro lado de esa puerta.

—¿Qué puerta, mamá?

Su madre señaló hacia la pared desnuda que había junto a su cama. Su sonrisa estaba tan llena de tristeza y arrepentimiento que arrancó nuevas lágrimas de los ojos de Emily. La muchacha se las secó con el trapo que usaba para enjugar la frente de su madre.

Su madre tosió; una tos seca y ronca que dejó restos de una flema sanguinolenta en la palma de su mano. Después se recostó y falleció, dejando a Emily huérfana y a su suerte.

En aquel momento, Emily tuvo la ingenua impresión de que aquella última tos había sido provocada por el cuerpo de su madre, que estaría expulsando antes de morir toda la sangre que quedaba en su interior.

Comprendió lo equivocada que estaba al ver todo ese líquido carmesí que brotaba de su propio cuello. El cuerpo humano albergaba en su interior mucho más que un puñado de sangre seca. La suya cubría ahora las manos del asesino que le estaba arrebatando la vida.

Unas manos que habían emergido de la nada.

La derecha se había cerrado en torno a su cuello. La izquierda, sobre su boca. Emily sintió el sabor salado del sudor que las impregnaba mientras forcejeaba y pataleaba, pero aquellas manos resultaron ser muy fuertes y no era la primera vez que se empleaban para un uso como este.

La hoja del cuchillo se deslizó por su cuello con tanta suavidad que Emily apenas sintió el corte. La sangre manó como un torrente de agua después de derribar un dique, hasta que el asesino cubrió la herida con su mano derecha para contener el flujo.

—No podemos dejarte morir en la calle como si fueras un perro, ¿no te parece, muchacha? —dijo el asesino con voz ronca—. Eso no estaría bien.

La llevó a rastras por aquel oscuro callejón empedrado.

Emily escuchó la llamada.

—No hagas caso, niña —dijo el asesino con su áspera voz—. No estamos lejos. Aguanta un poco más.



EL PAPELEO DE LAPSEWOOD

LAPSEWOOD INTRODUCIÓ SU PLUMA en el tintero, se mojó los dedos con saliva y extrajo una hoja de papel de la pila que tenía sobre su escritorio. En la esquina superior derecha anotó la fecha: 16 de enero de 1884. La montaña de trabajo pendiente alcanzaba una altura jamás vista, y eso que aún no le habían entregado los documentos de expedición del día. Aquello lo tenía muy preocupado.

No era la carga de trabajo lo que le inquietaba. Más bien al contrario. En vida, Lapsewood había vivido para el trabajo. En la muerte, la cosa no había cambiado. El trabajo se regía por un orden. Estaba estructurado. Transmitía seguridad. Suponía llegar temprano, sentarse a su escritorio y trabajar hasta que el papeleo estuviera completado al final de la jornada.

El trabajo era satisfactorio.

Hasta que, de un tiempo a esta parte, se encontraba con una inquietante cantidad de papeleo pendiente en su bandeja de entrada cuando la campana anunciaba la hora de salir.

Probó a hacer horas extra para ponerse al día, pero cuando el anciano señor Turnbull, el vigilante nocturno, lo veía trabajando hasta tarde, aprovechaba la oportunidad para contarle la historia de su truculenta

muerte en Crimea mientras se rascaba, distraído, la enorme herida de bayoneta que le había atravesado el corazón.

Lapsewood probó a trabajar los domingos, pero aun así el papeleo no hacía más que crecer. Tal vez fuera demasiado concienzudo durante el proceso y se tomara demasiado tiempo con cada documento, pero no podía soportar la idea de acelerar el ritmo a costa de hacer peor el trabajo. La Agencia era el único elemento de la otra vida que marcaba la línea entre el orden y el caos más absoluto, y los documentos de expedición que estaban a cargo de Lapsewood eran una pieza esencial en el engranaje de aquella enorme maquinaria.

La puerta del despacho se abrió.

—Buenos días, Lapsewood —dijo Grunt.

—Buenos días —respondió Lapsewood, sin levantar la mirada de su trabajo.

Grunt era un recién llegado. Lo habían ahorcado en Newgate por el asesinato de su esposa y llevaba una pañoleta de seda alrededor del cuello para ocultar las marcas coloradas que le había dejado la soga. Durante el ahorcamiento se había desgarrado la fina capa de piel que le cubría el cuello, de modo que ahora, al no tener una sola gota de sangre en sus venas, manaba de él un fluido grisáceo que se acumulaba en la parte superior de la pañoleta. Grunt la limpiaba continuamente con un paño mugriento que llevaba en el bolsillo del chaleco. A Lapsewood, aquella costumbre le parecía inaceptable. Cuando afloraban sus instintos más malévolos, deseaba en secreto que Grunt hubiera sido culpable de su crimen, de modo que no hubiera podido optar al estatus oficial de fantasma y no le permitieran trabajar en la Agencia.

Grunt, sin embargo, era inocente. Lo habían colgado por un crimen cometido por otra persona.

—Penhaligan quiere verte —dijo Grunt.

Lapsewood sintió que se avecinaba una de sus jaquecas. Aquello no eran buenas noticias. Eran cualquier cosa menos buenas. Seguro que era por el papeleo pendiente. Lapsewood se temía lo que iba a ocurrir a continuación. Le habían convocado al despacho del coronel Penhaligan para darle una reprimenda y después le mandarían a la Cripta, en donde permanecería encerrado hasta ser procesado y condenado por incompetencia profesional.

—¿Ha dicho de qué se trata? —preguntó.

—No —respondió Grunt—. Solo me ha dicho que te dijera que vayas a verlo urgentemente.

—¿Urgentemente? ¿Usó la palabra «urgentemente»?

—Eso creo. Tal vez dijera «inmediatamente». O sencillamente «ya». Fue algo así, en cualquier caso.

—Grunt, esto es importante. ¿Qué es lo que dijo exactamente?

—No dijo nada —replicó Grunt—. Más bien se puso a dar voces...

La sonrisa de Grunt denotaba que, por alguna razón, aquello le parecía divertido.

—¿A dar voces? —exclamó Lapsewood.

—Yo diría que sí. Esto fue lo que dijo a voces: «¡MALDITA SEA! ¡MALDITA SEA! GRUNT, DILE A LAPSEWOOD QUE VENGA INMEDIATAMENTE».

—Grunt pareció satisfecho por haber recordado sus palabras con tanta precisión—. Sí, creo que eso fue lo que dijo.

—¿Parecía enfadado?

—Lo normal es estarlo cuando alguien se pone a pegar voces. ¿Qué sentido tendría si no? En cambio, gritar ya es otra cosa. Mi esposa siempre me hablaba a gritos, pero era porque soy sordo de un oído. Es curioso... desde que estoy muerto, oigo perfectamente con los dos. Es como si la sogá del verdugo, además de cruzarme el cuello, me hubiera destaponado el oído —añadió con una risita.

Lapsewood no sentía el menor interés por las mejoras auditivas post mórtem de Grunt. Su mente zumbaba como una colmena, con un trajín de preguntas, preocupaciones, teorías e inquietudes.

El coronel Penhaligan estaba enfadado con él. Seguro que era por el papeleo pendiente; ¿pero qué esperaba que hiciera Lapsewood? Trabajaba tan deprisa como podía. Era deber de la Agencia contratar a más personal para ayudarle a sacar el trabajo adelante. Eso es lo que le diría, que le mandasen refuerzos. Se negaba a verse forzado a realizar un trabajo de segunda categoría por el simple hecho de aumentar su productividad. ¿Acaso el mismísimo coronel Penhaligan no había alabado la ejemplar ética laboral de Lapsewood y su atención por los detalles durante las pasadas Navidades? Aunque cierto es que el coronel había ingerido una notable cantidad de ponche aquella noche, así que quién sabe si eso era lo que pensaba en realidad.

—¿Crees que me dará tiempo a subir andando? —preguntó Lapsewood.

—No te lo recomendaría —respondió Grunt—. Por mi experiencia, si alguien usa la palabra «inmediatamente», es lo más parecido a decir que vayas pitando sin perder un segundo. Yo en tu lugar usaría el conducto Paternoster.

Lapsewood miró con pavor hacia el pequeño tubo de la pared que conducía al sistema de conductos Paternoster. Aunque todos los espíritus tenían la capacidad de convertirse en una sustancia vaporosa de color gris conocida como polvo de éter, a Lapsewood aquello le parecía un proceso profundamente deshumanizante. Desvanecerse en una nube de humo solo servía para recordarle la evidencia de su propia muerte. Lapsewood prefería caminar poniendo un pie delante del otro, como una persona normal, antes que desperdigarse por el aire como la ceniza de un cigarro en un día ventoso.

Sin embargo, en este caso no tuvo elección. Ya había perdido demasiado tiempo. Si quería conservar alguna posibilidad de convencer al coronel Penhaligan para que no lo despidiera, debía actuar con rapidez.

Lapsewood estrechó la mano de Grunt con solemnidad. Estaba húmeda.

—Señor Grunt, ha sido un placer trabajar a tu lado —mintió.

Grunt se rio.

—Tienes la misma cara que yo cuando subí al patíbulo.

—Así es precisamente como me siento.

Grunt se rio aún más.

—¿Es que nadie te lo ha dicho? Solo se muere una vez, Lapsewood.

LOS FANTASMAS DE LONDRES ESTÁN DESAPARECIENDO

SAM TOOP PUEDE COMUNICARSE CON ELLOS

Londres, 1884. Una misteriosa plaga se extiende por las casas encantadas de la ciudad y amenaza con romper el equilibrio entre los dos mundos.

Un despistado investigador del más allá y un intrépido fantasma rebelde; el chico de la funeraria Constable & Toop, que cuenta con un don especial, y una joven aspirante a periodista dispuesta a arriesgarlo todo; vivos y muertos contra la Purga Negra en esta extraordinaria novela de misterio, crímenes, exorcismos y aventuras, escrita por el ganador de un Blue Peter Book Award.

1578216

ISBN 978-84-678-6173-0



9 788467 861730

www.anayainfantilyjuvenil.com

ANAYA

